JULVE&COPONS

FILSTRUP

TINTA

algar

Ya sé que mucha gente va al psicólogo, pero no creo que en la historia de la humanidad haya muchos casos como el mío: a mí me llevaron al psicólogo porque no robaba. Suena raro, ¿verdad? Pues, por mucho que cueste creerlo, fue así. Y, por si fuera poco, me visitaba el Dr. Agua, una de las máximas autoridades mundiales en trastornos delincuenciales.

No es que fingiera ser honrado ni nada de eso. Nací así. Desde pequeño quedó claro que yo era una criatura decente. Y mis padres estaban preocupados. Sufrían. Sufrían mucho.

En efecto, todos mis antepasados habían sido delincuentes, y muchos de ellos con sus actos habían contribuido a cambiar el rumbo de la historia. Mi abuelo Mileto no se cansaba de contarme aventuras de los Filstrup. Y yo no me cansaba de escucharlas.

Desde aquel día, politólogos, historiadores y especialistas de los ámbitos más diversos se han estado preguntando por qué uno de los hombres de máxima confianza de Hitler saltó en paracaídas en territorio enemigo.

Supongo que os habréis dado cuenta de que, justo cuando Hans Filstrup hizo saltar a Rudolf Hess del avión, llevaba puesto un antifaz. Pues bien, ese antifaz es de vital importancia para los Filstrup. Lo ganan tras cometer su primer acto delictivo, y en las grandes ocasiones lo lucen con orgullo.

Mi honradez desesperaba a toda la familia, pero mis padres eran los que más sufrían. Se conocieron cuando sus bandas coincidieron en el atraco a un banco. Aquel día se enamoraron y, desde entonces, nunca se han separado ni han dejado de atracar bancos.

Mis padres se casaron cinco meses más tarde rodeados de delincuentes, porque mi madre también era de una familia de delincuentes de toda la vida.